

EL PORVENIR DEL OBRERO

Cartas de propaganda

II

Al mitin anarquista

Compañeros:

Permitidme presentar mi pensamiento en letra, ya que no pueda hacerlo en persona.

Necesito hacer y demostrar en este acto sin vana retórica una afirmación que juzgo capitalísima. Siento las impaciencias de aquel que ve su tiempo limitado y teme que finalice el plazo sin haber acabado su tarea.

Los trabajadores de Barcelona fueron los primeros de España que mucho antes de la existencia de La Internacional sintieron, aunque no la expresaron, que la emancipación de los trabajadores ha de ser su propia obra; ellos se constituyeron en proletariado militante en 1840 y preludiaron la huelga general en 1854; pero sus descendientes se han degenerado hasta el punto de desatender la sociología y la lucha económica, único terreno en que como desheredados y como progresivos debieran estar, y se han lanzado, obedeciendo desviadora sugestión, á los pasatiempos y á las variedades políticas.

Nuestros padres los trabajadores de aquella época, fuertes en su conciencia, lucharon con energía, pero fueron dominados por una persecución terrible que los amontonaba en la bodega del pontón, especie de cárcel marítima que existía en este puerto, los deportaba á centenares á Filipinas é imponía á los que se habían reservado para que la producción no se interrumpiera la cartilla anotado por el burgués y revisada por la autoridad.

Aquella persecución ruda y cruel, no atenuada por ninguna hipocresía doctrinal ni sentimental, si destilaba sangre, si hería de muerte, tenía la ventaja de que mantenía clara la línea divisoria que separaba los tiranos de las víctimas, y éstas mantenían sus sentimientos, sus ideas y sus aspiraciones de una manera digna, honrada, heroica.

Hoy es otra cosa: el trabajador que quiere extender su acción á algo más que su pobre hogar y su trabajo para la conquista del jornal, el que desea influir en el progreso humano, tiene contra sí el pacto del hambre y la vigilancia autoritaria y por esto muchos se retraen; el que pudiera prestarse á seguir la buena senda, estudiar, difundir sus conocimientos y ayudar y estimular á sus compañeros al estudio y á la organización, tiene, por un lado los peligros indicados, y por otro, la tentación de escuchar las promesas que le hace el tentador negro y el tentador tricolor: el patronato del obrero y la fraternidad republicana, el uno promete

apoyo y protección caritativa, el otro promete la fundación del puente republicano que ha de conducirlos á la Jauja democrática, y al fin, un número inmenso de trabajadores caen en la tentación de una manera lastimosa, esperando con mansedumbre esa emancipación social que les ha de dar el capitalismo dominante á cambio de oraciones ó de votos por mediación de sus redentores de bonete ó de gorro frigio.

Tal es la situación.

Pero la verdad es una é intangible; lo mismo que la línea de conducta, inspirada en la más pura moral y en la más inflexible lógica, es una también; como lo afirmó el proletariado al constituirse como clase progresiva frente á la burguesía estacionaria declarando: «No queremos el privilegio ni aun en nuestro favor»; «la emancipación social de los trabajadores ha de ser su propia obra,» una afirmación corolario de la otra, y ambas elementos esenciales de esta gran fórmula de justicia: «No hay deberes sin derechos, ni derechos sin deberes.»

Y esa es la afirmación de que hablaba al principio y que formulo en los siguientes términos:

La burguesía es refractaria al progreso, está incapacita para progresar; únicamente el proletariado es progresivo.

Y esto puedo apoyarlo, no sólo con mi propio razonamiento, sino con el prestigio de grandes pensadores, que prefiero poner á contribución, entre ellos el mismo Salmerón, de quien se dice que no ha borrado una tilde de su famoso discurso en defensa de La Internacional, aunque su obra política,—ténganlo en cuenta los pobres obreros republicanos,—sea su negación más completa, pues él ha dicho: «la clase media ha reducido á cenizas y escombros el antiguo edificio social, y únicamente el cuarto estado, el legítimo sucesor de aquélla, trata de separar los escombros y echar los cimientos del nuevo edificio.»

Sí, compañeros; sabed que esa grave afirmación salmeroniana tiene un fundamento irrefutable, que establece, no un revolucionario, no un anarquista, sino el jefe de un partido de gobierno, el que quiere persuadir á los burgueses de que esa fortuna de que disfrutaban, amasada á costa de sufrimientos y vidas de trabajadores, nada tiene que temer de esa república que vienen amañando á escondidas de la ciencia económica, poniendo trampas al progreso, engañando lo mismo á los ignorantes que gozan del privilegio que á los ignorantes que viven sumidos en el abismo de la explotación. Salmerón dijo hace 35 años: «La propiedad es justa y es legítima, en tanto que viene á servir á los fines racionales de la vida humana; y cuando esto no sucede, la propiedad es

injusta, la propiedad debe desaparecer. Y esto no es sólo una afirmación dogmática, no es una conclusión de escuela; es un hecho que revela con su testimonio elocuente é irrecusable la historia.»

Y ahora pregunto: ¿es justa y legítima, usando los calificativos salmeronianos, la propiedad tal como se halla instituída por los artículos 353 á 359 del Código civil? El trabajador que no conozca el texto de esos artículos puede responder considerando que los obreros no suelen inscribir sus nombres en el registro de la propiedad, y que los propietarios no suelen ir á la cárcel por ejercer coacciones en las huelgas.

Pues cuando la propiedad deja de ser justa y legítima, ved lo que sucede, según decía entonces el señor Salmerón:

«Cuando una clase social, un pueblo, una raza dejan de servir al fin que debía realizar y cumplir, nuevas clases, pueblos y razas surgen del fondo de la humanidad y adquieren, arrebatan ó usurpan si queréis la propiedad de las entidades decrepitas, pervertidas é impotentes, para emplearla como medio esencial á la realización de los fines sociales desamparados.»

Vedlo bien trabajadores; templad vuestra sensibilidad, no os rindáis inconsideradamente á la emoción que provoca el artificio de la elocuencia, no seáis tan fáciles á la ovación como aquella plebe romana de hace veinte siglos. Pensad en que tenéis el deber de respetaros y hacer respetable ese derecho inmanente, inalienable, imprescriptible é ilegible que coexiste en cada uno de vosotros, y debéis además preparar el goce perfecto de ese derecho á las generaciones futuras. No seáis masa dirigible por una intención y por una voluntad que no sea la vuestra; no seáis ceros que dan valor á una unidad. Pensad que un jefe, un caudillo, un tribuno por bueno que sea, por necesario, que parezca en determinadas ocasiones, no es más que un hombre, y que un hombre puesto en la balanza de la igualdad no puede equivaler á muchos miles de hombres sino en tanto que éstos se despojan de sus más nobles facultades para que brillen las particulares del santón adorado y acatado.

Espartaco inspiró á 70,000 esclavos el deseo de su emancipación y puso en peligro el poder de Roma; pero aquellos hombres, esclavos de condición y por atavismo, sometían todos su voluntad á la de su jefe. Un, siniestro les puso en desbandada, y su caudillo, inspirado en la más noble dignidad, antes que someterse á sus vencedores, viéndose abandonado de la masa, se arrancó la vida. Si aquellos esclavos, si en lugar de ceros que daban valor á una unidad personal, hubieran sido cada uno un Espartaco, la humanidad se hubiera salvado. No pudo,

ser, y así andamos todavía; así andan esos infelices que todavía buscan redentores.

Salud.

ANSELMO LORENZO

Barcelona 22 Septiembre de 1906.

La moral de los hipócritas

Los que anunciaban una guerra civil en Francia por la cuestión religiosa se han llevado chasco. La intransigencia católica ya no inspira en la vecina República terrores de tragedia, sino que da ocasión á divertidos sainetes que comentan con alegres chistes todos los periódicos.

Hace pocas semanas, el Ministro de Bellas Artes Mr. Dujardin Beaumetz estuvo en Castelnaudary para asistir á la inauguración de una estatua levantada, no á un guerrero, ni á un político, ni á un prestamista enriquecido, sino á la graciosa Dafne, hija de la Tierra, que huyendo de la persecución del enamorado Apolo se refugió en el seno de su madre, dejando en el lugar de su desaparición un ramo de laurel...

Aunque esas abominaciones paganas ocurrieron hace ya mucho tiempo, todavía no las ha perdonado el señor arcipreste de Castelnaudary, quien pasando casualmente por la plaza levantó sus ojos llenos de inocencia y no pudo sufrir la vista de la ninfa desnuda... en mármol, por lo que volvió apresuradamente sobre sus pasos, llegó escandalizado á la sacristía y escribió al alcalde:

«Debo haceros llegar mi protesta contra la erección en una de nuestras plazas públicas de la estatua de Dafne!

»Esa estatua es un ultraje á la moral pública.

»Ruego á Dios que no castigue á vuestra familia ni á vuestra ciudad por un acto que hubiera sido fácil evitar.

GUILHEM. CH. H. Arcipreste de Castelnaudary.»

El alcalde se llama doctor Durand y no había soñado que su familia pudiese ser castigada por causa de una estatua que embellece la población. Tranquilamente contestó al arcipreste:

«No puedo admitir que reprobéis la leyenda de Dafne, que para conservar su virginidad y su pureza se transformó en laurel.

»Sólo os queda como pretexto la desnudez de la estatua. No lo comprendo. He visitado muchas iglesias y catedrales y puedo recomendaros especialmente las bellas esculturas en madera de Saint Bertrand de Comminges y de la catedral de Auch. Allí veríais desnudos de todos aspectos y en todas las posturas. Por otra parte, no tenéis sino ir al Vaticano, donde podréis ver, por centenares, mujeres desnudas en piedra, en mármol, etc.»

Y el doctor Durand, que es hombre de letras, termina con este verso:

Tout es nu sur la terre, hormis l' hypocrisie.

Todavía no se conoce la réplica del pudibundo arcipreste, pero los periódicos franceses la esperan para poder divertir con ella á sus lectores.

Al hermano de Etiévant

Mi estupefacción fué grande, el otro día, al leer, no se en cual periódico, que Clemenceau aspiraba al ministerio de la guerra. Yo no tenía conocimiento de tal ambición y no lo hubiera creído si después otros periódicos no lo hubiesen confirmado.

Hace algunos años, un anarquista de mucho valimiento, de carácter tan original como justo, me hablaba del talento de Clemenceau, orador y periodista de primer orden, según decía con entusiasmo, por más que sabía que yo no soy aficionado á los periodistas ni á los oradores, demasiado hábiles para hacerse admirar de las masas en obras en que más parte toma con frecuencia el talento que la sinceridad. Bien hecho,

ciertamente, pero, en el fondo, cosa del oficio, en que la opinión, la idea, sólo es la ocasión, el pretexto. Gracias á la necesidad humana, lo que procuran ante todo es satisfacer su ambición de arrivistas.

El anarquista aludido gustaba mucho de leer los interminables artículos de monumental lógica que sobre la cuestión Dreyfus escribía Clemenceau entonces en *L' Aurore*.

Un día me recomendó vivamente que leyese también algunos. Leí muchos. Por otra parte, ya *La Dépêche* de Toulouse me había hecho conocer á Clemenceau como cronista y cuentista de los más variados, de los más interesantes, de los más entretenidos, y me pareció que, verdaderamente, su talento de periodista puesto entonces por entero al servicio de la causa de un «inocente», sobrepujaba todo lo que yo me había podido figurar como dialéctica firme, cerrada y casi inatacable. en aquella serie memorable de páginas con que deleitaba todos los días á sus lectores—casi hasta la saciedad, de tal modo parecía que debía ser inagotable.

Algún tiempo después, algo vino á enturbiar la admiración que yo también comenzaba á sentir, no sólo por su talento de escritor, sino sobre todo por la convicción que revelaban sus artículos en favor de Dreyfus, esa convicción que es la señal de la honradez del espíritu. Por particularidad chocante, estorbaba mi admiración precisamente, lo que parece que debía reforzarla. Mi amigo anarquista me enseñó una carta de Clemenceau en que se daba casi como uno de los nuestros, porque empezaba así: A mi hermano Etiévant!

—Demónio! dije al compañero, esto es muy hermoso, esto es muy atrevido, viniendo de Clemenceau!—Después le pregunté si lo demás dejaba íntegro el sentido de tan interesantes palabras.

—No precisamente, se me respondió, porque, al mismo tiempo que rinde homenaje al gran corazón y á la gran inteligencia de Etiévant, Clemenceau no puede menos que deplorar que los anarquistas recurran á actos de violencia. Esto le entristece profundamente, y declara que ningún hombre tiene el derecho de atentar á la vida de su semejante y que al sólo pensamiento de cometer una muerte debe uno sentirse estremecer con indecible horror de sí mismo.

En fin, en su carta á Etiévant, falta poco para que diga que es menos espantoso recibir la muerte que causarla á otro.

—Hasta aquí, acabé por interrumpir á mi interlocutor, yo soy de su opinión. Clemenceau está dotado de una sensibilidad esquisita, que comprendo bien, porque también yo encuentro que la sola idea de tener que matar á un semejante es algo tan terrible que no se puede pensar en ello sin estremecerse. Clemenceau ha escrito una página verdaderamente «evangélica», una de sus más bellas páginas. «No matarás», dice el Decálogo, pero el Evangelio presenta á todas las bofetadas la mejilla izquierda después de la derecha.

En todo caso, acudí, si Clemenceau es realmente sincero en cuanto dice de su sensibilidad de hombre que por nada del mundo querría tener que matar á uno de sus semejantes, cómo es que ha podido aceptar el cargo de diputado? No quiere matar; está muy bien. Yo tampoco. Pero hay esta diferencia entre él y yo: que yo, por mi posición social, no haré mal á nadie, no teniendo poder para ello, mientras que Clemenceau, por su sólo cargo de diputado, tiene que ser un criminal á cada instante. Y esto, probablemente, él no lo sabe, ignorancia por demás humillante para quien es, como él tan fin psicólogo.

Acaso no son los diputados quienes votan el presupuesto de guerra?—Pues no hay que dudar que Clemenceau, lo mismo que todos sus colegas, habrá votado en favor de aquel presupuesto, presupuesto de matan-

zas. presupuesto de sangre y de ruinas para los pueblos!

Ah! Mr. Clemenceau no quiere matar, esto es muy enternecedor y seguramente proviene de un hermoso estado de ánimo. Sin embargo, por su obra como diputado, no me canso de repetirlo, vota fondos para la guerra y, por consiguiente, mata indirectamente más, infinitamente más seres humanos que podrían hacerlo directamente los anarquistas de todo el mundo si todos ellos incesantemente se entregasen á atentados espantosos.

En cierto sentido, Mr. Clemenceau se parece á los jueces que como cosa corriente sentencian la pena de muerte, pero que por ningún precio querrían ejercer el oficio de verdugo. Son demasiado delicados para semejante faena.

Por otra parte, he oído decir que Clemenceau se ha batido más de una vez en duelo, y que teniendo, como suele decirse, mala mano, habrá muerto, ó al menos puesto en peligro, á muchos de sus adversarios; les habrá muerto, ó se habrá aventurado á matarlos, probablemente a propósito de cualquier ligera herida de amor propio que llaman neciamente punto de honra.

¡Y decir que es infinitamente impresionable y sensible, ese hombre, que se bate en duelo tan fácilmente y que se sirve con tal destreza y tan delicadamente de las armas homicidas! Pues amigo, no sabemos lo que sería si quisiese matar con convicción, con furor, con rabia!

¿Comprendéis ahora «compañero» Clemenceau, cuan grande ha sido mi estupefacción al saber que ya no os bastaba votar el presupuesto de la guerra como simple diputado, sino que queríais representar el primer papel en ese drama universal y siempre posible de la guerra?

¿Es verdad que habéis querido ejercer esas funciones? Todavía me resisto á creerlo, de manera que, si fuese verdad, yo me afano por no creerlo sino á medias, diciendo que sería un caso de inconsciencia.

Me sería tan penoso creerlo que, en suma, no perderíais mi simpatía, gracias al tiempo pasado en que tuvisteis, á pesar de todo, el valor de querer pasar casi por anarquista escribiendo tan buenas, tan afectuosas palabras al que llamabáis vuestro hermano Etiévant, vuestro hermano en anarquía, no pudiéndose entender de otro modo, dadas las circunstancias.

Debo añadir que el valor, el atrevimiento, es una cualidad vuestra en todos los casos. Por este valor habríais sido (prestándose las circunstancias) un gran dictador, por lo que veo. Y si me complazco en hacer constar que realmente, á veces, hay en vos una especie de anarquista, por otra parte, vuestro modo de obrar, completamente napoleónico, explicaría ese fenómeno desconcertante para nosotros, pobres ideólogos: la ambición que os da una doble personalidad, reuniendo los dones más diversos, filósofo soldado y pensador ministro de la guerra. Esperemos, si llega el caso, los provechos que habrá de sacar la filosofía.

CLEMENT LAPEYRE

Darwin estableció una ley tan exacta como la de la gravitación: los órganos de que no nos servimos llegan á desaparecer á la larga. Nuestras uñas se han debilitado cuando ya no nos han servido de garras. Lo mismo pasará con las malas pasiones y perversiones del espíritu que hoy son algo consubstancial con nosotros. Cuando una sociedad más humana, más libre, más justa, no nos obligue á emplearlas como armas en la cruenta lucha por la vida, el odio, que hoy es la garra salvaje, será entonces la uña inofensiva. ¿Para qué servirían al hombre los incisivos del tigre? ¿Qué razón de ser tendrán para los hombres del futuro las pasiones de los hombres del presente?

E. TORRALBA BECI

Cristianismo en acción

Hace poco, tuvimos que hablar de la caridad cristiana practicada por las monjitas en los Asilos, donde, á cambio de una larga jornada de difícil trabajo, dan á las desgraciadas niñas una alimentación insuficiente y encima malos tratos y cochinerías.

Ahora hemos de hablar de otra forma de la caridad que usan las beatas metiéndose en las casas de los pobres cuando hay en ellas, además de los sinsabores que acompañan á la pobreza, otras desgracias extraordinarias, enfermedades ó lo que sean, y no van allá las beatas para remediar la miseria, que bien podrían, si empleasen en ello lo que se gastan en misas, sermones, cera, construcción de templos, coronas y mantos para imágenes, etc. No van las beatas á las casas de los pobres á remediar ó al menos consolar; van á mandar, van á imponer su voluntad y á humillar á los desgraciados.

Con una libra de pan ó una tercia de carne, y no diaria, sino semanal, creen esas señoras que pueden comprar la conciencia de los pobres, meterse en sus asuntos particulares y penetrar los secretos de las familias. Educadas en el orgullo y muy convencidas de que «debe haber pobres», ó sea, de que hay y debe haber diferencias de clase, ellas, que se creen superiores, que pertenecen á la clase alta, tratan á los pobres como inferiores, y no pueden obrar de otro modo, porque para ellas la «clase baja» carece de las delicadezas del sentimiento y no reconocen que un pobre pueda tener dignidad y personalidad propia.

«Debe haber pobres», efectivamente, hacen falta los pobres para que las señoras católicas puedan hacer sus alardes de caritativas, de benéficas; para que las señoras piadosas puedan permitirse la sádica crueldad de aumentar con imposiciones el tormento de los miserables, aprovechándose de la debilidad que engendra la desgracia.

Por muchos motivos merecen los curas el odio de los pueblos; pero lo más odioso y repugnante es la tortura á que someten á los moribundos, cuando las familias débiles ó ignorantes no saben impedirlo. Para figurar una conversión, para lograr una herencia, el sacerdote no repara en amargar los últimos instantes del enfermo provocándole imaginaciones de cosas horribles, hablándole de diablos y de infiernos, despertando, en aquellos momentos de desvarío y de debilidad, las supersticiones que infundió una educación mal sana. Y los parientes próximos del enfermo tienen que esperar fuera que el señor cura haya terminado de cumplir «sus sagrados deberes».

Lo mismo hacen las beatas á quienes la miseria abre las puertas de las casas de los pobres. Entran con apariencias de bondad, de mansedumbre, de humildad evangélica, para acabar imponiéndose, mandando como señoras. La miseria que causa la avaricia de los ricos la aprovechan luego las mujeres, las hermanas y las tías de los mismos explotadores para entrar como reinas en las casas de las víctimas, para lucir el orgullo de su pretendida superioridad y para cumplir los encargos de sus amigos, más ó menos consentidos por la distinguida familia, los señores sacerdotes.

La Cárcel Modelo

Continúan algunos compañeros de Barcelona promoviendo agitación contra el régimen celular establecido en las cárceles que llaman Modelos.

El domingo se celebró un mitin en el teatro Condal, donde se leyó el interesante documento que copiamos á continuación:

«Un preso, cuyo nombre reservamos, nos manda una carta, de la cual entresacamos los siguientes datos de lo que sucede en la cárcel:

Casos de locura actualmente.—Los reclusos que ocupan las celdas números 8 y 12 de enfermería, los 310, 349, 192 (éste está en el calabozo bien machacado de golpes de vara desde el 25 del pasado), 159, 45, 16, 243 y 97.

Locos habidos: 8, cuyos nombres no pongo porque me ha sido imposible recogerlos.

Total, 19, que yo sepa ó que recuerde, pues muchos más habrá habido que han perdido las hermosas facultades mentales en este foco de tortura.

Intentos de suicidio.—El 192 intentó ahorcarse en la ventana. El 312 se hizo un corte con un vidrio en la muñeca que le alcanzó hasta los tendones. Cuando entraron en la celda vieron el suelo lleno de sangre, y de orden del ayudante lo trasladaron entre dos ordenanzas á la enfermería. El 381 se colgó en el hierro de la ventana, pero exhaló un grito y llegaron los vigilantes á tiempo. El 97 hizo lo mismo, y el 170, habiendo sido sorprendido el día 20 de los corrientes por un empleado llamado Calvo, hablando por el retrete con el preso de la celda inmediata, le propinó una tremenda paliza, quitándole el jergón para hacerle dormir en el suelo. Este preso tuvo un ataque nervioso y se bebió una disolución de fósforo de cerillas. Se acudió á tiempo, dándole un contraveneno. Total, 5.

Suicidios.—El primero fué en la celda 234, que hallaron por la mañana al dar el pan, colgando de la ventana por medio de una correa-cinturón. El segundo fué el 307, llamado Antonio Sala, y el tercero el 428, lo encontraron los empleados por la mañana, al abrir las puertas para la limpieza, y que un ordenanza vió también colgado en el hierro que sirve para plegar el camastro. Al día siguiente, el jergón y la manta, llenos de espuma, sirvieron á otro recluso destinado á la misma celda, y si se cambió luego la manta, fué á ruegos de un ordenanza.

Total, 3 suicidios; y si no los tenemos á diario, es porque á los presos les falta valor y medios.

Cuántos me consta que han dicho á algún ordenanza: «Esto es insufrible. Si tuviera suficiente valor para quitarme la vida, me mataría...» O bien: «Si tuviera un revólver, me daría un tiro.» Una persona, de quien no puedo dudar, me asegura haber visto la extremada desesperación de esos hombres.

El médico y los practicantes.—El médico considera á los presos como cosas inferiores á seres humanos, haciendo caso omiso de sus enfermedades.

Los practicantes, dada la conducta del médico, se puede sacar la consecuencia. Citaremos la brutalidad de uno de ellos, llamado Florencio Fernández. Este cafe, el día 19 ó el 20 del pasado mes, entró por la noche en la enfermería borracho, perdido. Empezó por maltratar á los enfermeros y les pidió el estuche de las herramientas para operar á un enfermo de gravedad. Se las dieron, se fué con ellas al cuarto del enfermo y le mandó que se levantara. Este no podía ni moverse. Personas que lo vieron, y que me merecen entera confianza, me han dicho que lo golpeó é insultó llamándole «hijo de p...». Por fin, practicó la operación, abriéndole las partes con el bisturí, pinchando y cortando carne al azar. Echó luego una botella de agua fenicada y de algodón encima de la tremenda herida que él

acababa de hacer; lo vendó y se fué. A la mañana siguiente, al venir el médico y encontrarse con aquella operación, hecha sin orden suya, dió parte por escrito, y á las diez de la mañana se presentó el Juzgado, tomando declaración á los enfermeros y al enfermo. De éste no sacaron nada, pues no podía hablar. Los enfermeros declararon que el practicante lo había hecho, ocultando, por temor, que lo había golpeado antes de operarlo.

El resultado fué que aquel hombre (de setenta años) murió y el practicante sigue practicando curas.

Terminaré diciendo que no hay ninguna mejora en la cárcel; los presos continúan á las consecuencias de la celda y de los tratos de los empleados que manejan el látigo.

Como decimos en un principio, nos reservamos el nombre del autor de esta carta por el miedo que nos produce las odiosas venganzas de que pudiera ser objeto.

Quizá otro día lo publiquemos, si el interesado nos autoriza para ello.»

Sobre el mismo asunto, refiriéndose á la Cárcel Modelo de Madrid, ha enviado el señor Nakens á *El País* un artículo en el que cuenta que en dicha Cárcel van hombres y niños descalzos y casi en cueros, beben agua que apesta, duermen mal, comen peor, viven en suciedad, etc. etc., lo mismo que dicen nuestros compañeros de la de Barcelona.

Este régimen carcelario es una de tantas manifestaciones del espíritu cristiano y filantrópico que anima nuestra sociedad monárquica y burguesa.

Un burgués muerto

En la huelga de la Coruña resultaron muertos un burgués y un obrero. Del obrero nadie habla; pero la muerte del burgués ha causado una gran sensación. Se habló de cierre general de tiendas como protesta y los periódicos rotativos se hacen eco del gran duelo que parece ha conmovido á todos los burgueses de la nación y á sus lacayos de la prensa.

No nos extraña esa actitud de la burguesía. Estaban acostumbrados á ver como caían muertos ó heridos en las huelgas los obreros por docenas y luego todavía les procesan y les condenan. Pero burgueses caen muy pocos. Es por esto que se alzan protestas y que llenan columnas los rotativos.

Si nuestra mentalidad fuese semejante á la de los burgueses podríamos decir nosotros también:

«No es nada: un burgués muerto; puede el baile continuar;»

pero no lo diremos. Para nosotros la vida humana es siempre igualmente respetable y la injusticia es injusticia, igual si la comete un obrero como un burgués ó un magistrado.

No sabemos por qué motivos han muerto á ese señor en Coruña. Pero sabemos, en cambio, que muchas veces han sido muertos obreros contra toda razón, contra toda justicia, porque reclamaban lo que era suyo, lo que les robaba la avaricia de sus explotadores. Y la prensa burguesa no tenía una lágrima, y el comercio no hablaba de cerrar sus tiendas en señal de luto, ni corrían telegramas sensacionales, porque á todo el mundo burgués le parecía muy bien que se matase á obreros, á rebeldes, á hombres que

tenían el atrevimiento de pedir un poco más de pan para sus familias.

Así pensaba el burgués que han muerto en Coruña. Así piensan los demás. Así forjan el rayo que ha de herir á la actual organización de la sociedad.

Última labor

Una joven obrera, de esas que á cientos existen en las grandes capitales, bellas y desgraciadas, hijas del amor y de la miseria, está sentada en su indigente taller de costurera.

La cara de la joven es pálida, tiene la palidez de los lirios enfermos, porque la terrible enemiga, la tisis, ha puesto sobre su faz el sello triste. Es de noche, muy tarde, la lámpara como enferma también, ilumina con luz de limosna. Sobre la falda de la trabajadora hay un traje de novia rica y es apretado por las manos anémicas, ya sin vida, mientras por esa albura desciende un hilo de sangre que cae por la comisura del labio cárdeno. ¡La última tal vez de aquellos pobres pulmones que no han podido resistir al peso de tantos vestidos de novias ricas!

¿Verdad que hemos sorprendido en la tarea á un cadáver?

¡Ay, alegre desposada! ¡Cómo rabiabas mañana, cuando sepas que tu traje albo ha sido manchado por el hilo de sangre donde el patólogo encontrará las huellas del bacillus de Kock?

¿No es cierto que al recibir la noticia, lágrimas de impaciencia quemarán tus frescas mejillas; que tus nervios sufrirán estremecimientos de ira; que maltratarás á tu camarera; que te agitarás como una víbora y maldecirás á la tísica que en el supremo momento no tuvo la precaución de inclinar la cabeza hacia otro lado, para que el hilo de sangre no se perdiera en espirales trágicas entre las blondas de encajes y las espumillas de seda?

ALBERTO GHIRALDO

De Torelló

Con gran disgusto de los reaccionarios vuelve á regir la Escuela Moderna, dirigida por el compañero Oriols. Así es que se invita á los trabajadores y á los hombres conscientes que quieran que sus hijos se instruyan racionalmente, pues este pueblo está muy falto de ello.

Pueblo de Torelló: sigue á tus hermanos y apóyales en lo que esté á tu alcance y no mires nunca atrás pues detrás de tí está la reacción. Sigue adelante, que día llegará en que brille el sol de la Libertad y del Amor, gracias á la libertadora obra de las Escuelas libres y racionales.

Torelló 29 de Octubre de 1906.—*La Comisión del Colegio Moderno.*

Mi voluntad es incoercible, la noción de mi deber, irreformable, á no ser por mi propia inteligencia. En vano se me enseña una legislación dictada por Dios, adoptada por cien naciones, sancionada por los siglos; mi ley moral la juzga, y pronuncia sobre ella su inapelable fallo. Si la cree injusta la condena irremisiblemente.

PÍ Y MARGALL

ECOS Y COMENTARIOS

Discuten los dos diarios locales y dicen lo que les conviene. Está bien. No nos interesa lo que digan uno y otro.

Pero *El Bien Público* ha dicho algo que no puede pasar. Ha dicho que los partidos monárquicos menorquines permanecen unidos por razones de patriotismo que están por encima de todas las diferencias.

El mismo que lo ha escrito sabe bien que eso no es verdad, como lo sabe todo el mundo.

Todo el mundo sabe que los partidos de que es órgano el diario conservador no obedecen á motivos patrióticos sino á bastardos intereses personales. Son cuadrillas organizadas para asaltar el poder, saquear los presupuestos, negociar con las influencias, en una palabra, para hacer política de caciques, tal como se usa en toda España.

¿Quiere el colega que lo expliquemos con mayor claridad?

Murió en Barcelona el diputado provincial don Luís Julí, que gozaba de muchas simpatías, y dejó dicho que le enterrasen civilmente.

Pero los curas, entrometidos siempre, quisieron convertir el entierro en una ceremonia religiosa.

Afortunadamente la numerosa concurrencia se enteró de las pretensiones clericales y pudo impedir que se realizaran. Los curas hubieron de enfrenar su satánica soberbia y volvieron cabizbajos á la sacristía.

Es verdad que los curas son los amos de España. Son los amos cuando les dejan. Si encuentran un poco de energía, entonces se acuerdan de que su t vangelio les manda ser humildes.

El diario de los republicanos y el de los conservadores, en competencia, han publicado la noticia de que unos anarquistas, llamados Esteve, Segué y Francia, habían robado en Barcelona dos mil pesetas. No les conocemos y no podemos saber si su anarquismo es una invención de los periódicos; pero desde luego se nos ocurre preguntar si se trata de un robo especial, característico, que se pueda calificar de hecho anarquista.

De lo contrario, si se trata de un robo como tantos que diariamente se cometen, nos extraña la nueva moda de dar á conocer al público las opiniones de los acusados.

En adelante, si arraiga esta costumbre, podremos leer todos los días que el Republicano Fulano ha robado un pañuelo y que el católico Zutano ha matado á su padre.

Entre los que actualmente se hospedan en las cárceles y presidios españoles por delitos comunes, la gran mayoría, tal vez todos, son católicos apostólicos romanos, han recibido educación religiosa y han sido educados con los ejemplos de los pastores de almas. También sería fácil encontrar algunos que hubiesen sido electores de Salmerón y de Lerroux. ¿Es que se van á publicar ahora todos estos antecedentes?

A no ser que sólo se quieran dar á la publicidad cuando se trate de anarquistas.

Ya veremos en qué acaba todo esto.

Los compañeros que editan la «Biblioteca Económica» de Ubeda avisan á los que estén en descubierto en el pago de paquetes de tolletos, se sirvan liquidar, pues de lo contrario no se les servirán más pedidos.

PAPEL IMPRESO

La acreditada Casa Editorial F. Sempere y Compañía, de Valencia, acaba de enriquecer su ya numerosa Biblioteca popular con dos volúmenes de Nietzsche, titulados *Así hablaba Zaratustra* y *La genealogía de la moral*, á los que seguirá la colección completa de las obras del filósofo alemán.

Aun cuando estas obras no son nuevas en España, su elevado coste no las hacía asequibles á las clases modestas, por lo que merece aplausos la popular casa editorial valenciana, que las ha puesto á la venta, esmeradamente traducidas y corregidas, á una peseta el tomo.

La traducción está hecha por el distinguido literato don Pedro González Blanco.

Estas obras, como todas las de la Biblioteca de los señores Sempere y Compañía, llevan en la cubierta el retrato del autor y se venden en todas las librerías de España.

CORRESPONDENCIA

Madrid.—*La Voz del Cantero*. Recibidos los folletos. Escribiré á Alarcón.

Dowlais.—M. G. Servimos el paquete. Anotamos lo enviado á *Anarquía*. Enviaremos libros.

Ferrol.—F. G. Recibido 5 pesetas. Conforme con tu liquidación. Las etiquetas no están listas todavía. Pronto podremos servirlos.

Torelló.—Aumentamos el paquete y servimos hoy los ejemplares que pides.

Turis.—«Sociedad de Trabajadores del Campo».—Recibido 2'10 pesetas. Pagado hasta fin del corriente año. Podéis seguir haciendo la liquidación como ahora.

Gijón.—J. M. Recibido 60 céntimos.

Valencia.—J. O. Recibido 2'85 pesetas. Conforme.

Vilasar de Dalt.—A. C. Entérate de lo que decimos más arriba á nuestro corresponsal en el Ferrol.

Ubeda.—«Biblioteca Económica». Enviamos carta y libranza.

Santa Cruz de Tenerife.—G. Luz y Vida. Enviad 50 ejemplares de *Crimen y Criminales*.

Biblioteca de «El Porvenir del Obrero»

- 1 **La Ganancia**—*Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 **El Patrimonio Universal**—*Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 **La Anarquía**—por Elíseo Reclus; 15 céntimos.
- 4 **La Mujer**—*Consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt; 15 cént.

El Porvenir del Obrero

CONDICIONES

Suscripción: Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 ejmps. 75 cént.
Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Castillo, 170. Mahón (Baleares).

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170, Mahón.